

julio-diciembre 2011

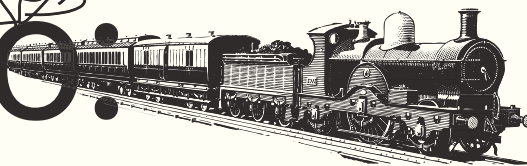
dilo 4:

ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

academiapr.org



dilo:



La Academia Puertorriqueña de la Lengua Española agradece el apoyo de los patrocinadores y los miles de lectores de **DILO**, nuestro boletín impreso y electrónico que tanto entusiasmo ha provocado en Puerto Rico y en el exterior.

Para responder mejor a la buena acogida de **DILO**, hemos decidido aumentar el número de páginas y convertirlo en una publicación semestral; eso sí, conservando la agilidad del contenido y diseño gráfico. Esto nos permitirá potenciar la producción y la difusión de cada edición. Los números de **DILO** correspondientes al año en curso aparecerán, pues, en el verano y el invierno, respectivamente.

Este ajuste en nada modifica los acuerdos contractuales con las prestigiosas empresas culturales, educativas y cívicas que nos apoyan ni con las personas que han querido suscribirse para recibir **DILO** en sus hogares.

Gracias por su apoyo y patrocinio. Recuerde que puede consultar **DILO** en nuestra página electrónica www.academiapr.org.


JOSÉ LUIS VEGA
DIRECTOR

ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA DE LA LENGUA ESPAÑOLA
José Luis Vega, DIRECTOR
Luce López Baralt, VICEDIRECTORA
Amparo Morales, SECRETARIA
Gervasio Luis García, TESORERO
Humberto López Morales, SECRETARIO GENERAL DE ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Eladio Rivera Quiñones
José Ramón de la Torre
Eduardo Forastieri
Edgardo Rodríguez Juliá
Eduardo A. Santiago Delpín
Mercedes López Baralt
Carmen Dolores Hernández
Ramón Luis Acevedo
Arturo Echavarría
Antonio Martorell
Luis González Vales
Carmelo Delgado Cintrón
Francisco José Ramos
José Jaime Rivera
Magali García Ramis
Juan Gelpi
María Inés Castro

ACADÉMICOS ELECTOS
Eduardo Morales Coll
Arturo Dávila

ACADÉMICOS HONORARIOS
Luis Rafael Sánchez
Julio Ortega
Rosario Ferré

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES
Hugo Gutiérrez Vega
Bruno Rosario Candelier

EQUIPO DILO 4
José Luis Vega, DIRECTOR
Aida Vergne, EDITORA / CORRECTORA
Juan Carlos Torres Cartagena, DISEÑADOR GRÁFICO

COLABORADORES
Maia Sherwood Droz
Lisette Prado Pérez
Rebecca Arana
Rose Vázquez
María Cristina Veliz
Amapola Caballero
Carla Mojica
Tayra Wallé

La Academia Puertorriqueña de la Lengua Española se fundó en 1955, por iniciativa de Samuel R. Quiñones y José A. Balseiro, aunque las primeras gestiones para su fundación se remontan a 1915, cuando José de Diego inició los trámites a favor de una Academia Antillana con sede en San Juan.

En 1956, la Academia Puertorriqueña se incorporó a la Asociación de Academias de la Lengua Española, encargada de la coordinación científica entre las 22 Academias, tanto las del mundo hispánico, como las de países donde el español es, o ha sido, idioma importante, como Estados Unidos y Filipinas, respectivamente.

En los últimos años, la RAE y las veintiuna Academias de América y Filipinas vienen desarrollando una política lingüística panhispánica que implica la colaboración de todas ellas, en pie de igualdad y como ejercicio de una responsabilidad común, en las obras que sustentan y deben expresar la unidad de nuestro idioma en su rica variedad: el *Diccionario*, la *Gramática* y la *Ortografía*. En una tarea de intercambio permanente, las veintidós Academias de la Lengua Española articulan un consenso que fija la norma común para todos los hispanohablantes en cuestiones de léxico, de gramática o de ortografía, armonizando la unidad del idioma con la fecunda diversidad en que se realiza.

academiapr.org

Apartado Postal 36-4008
San Juan Puerto Rico
00936-4008

Cuartel de Ballajá
3er Piso, Viejo San Juan
PR 00906

(T) 787.721.6070
(F) 787.724.6463
(e) info@academiapr.org

Hazte Amigo de la Academia en academiapr.org y recibe un aviso electrónico de la publicación de **Dilo**.
Para recibir **Dilo** en tu casa, suscríbete por \$20 anuales.

La realización de **Dilo** es posible gracias al apoyo de sus lectores, de entidades y compañías privadas y de organizaciones culturales y educativas.

¡GRACIAS POR DARNOS TU PALABRA!

MENSAJE DEL EQUIPO DE INVESTIGACIÓN

DURANTE LOS PASADOS dos años, hemos recibido más de dos centenares de propuestas lexicográficas del público que visita nuestro portal electrónico como parte de la sección *Dame tu palabra*, que tiene el propósito de recopilar nuevos vocablos puertorriqueños.

El equipo de investigadores de la Academia se dio a la tarea de verificar que estas palabras no hubieran sido registradas en los diccionarios académicos y constató su uso mediante la búsqueda de ejemplos documentados con frecuencia en textos periodísticos, foros o blogs de Puerto Rico.

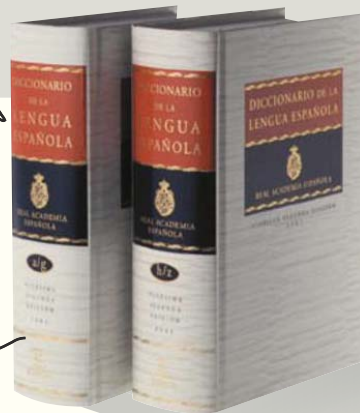
Se identificaron tres neologismos característicos del habla juvenil: *espotearse*, anglicismo adaptado de *to spot* que tiene valor pronominal y que se ha definido como ‘ubicarse en un lugar’; *filoteado*, un adjetivo que hace referencia a una ‘persona bien vestida’ y *mamito*, sustantivo utilizado para referirse a un ‘hombre que atrae a las mujeres’. En esta categoría colocamos también las locuciones ‘*estar masa*’ que se define como ‘ser algo bueno, bonito o excelente’; ‘*dar pichón*’ como ‘ignorar o desentenderse de un asunto’ y ‘*par de*’ para referirnos a ‘algo abundante, o que excede a lo ordinario, regular o preciso’. Estos lemas nos han permitido comunicar con matiz coloquial las expresiones ‘nos *espoteamos* en primera fila’, ‘hay que ir *filoteado* a la fiesta’, ‘el estudiante extranjero es un *mamito*’, ‘el nuevo CD *está masa*’, ‘hay que *darle pichón* a comentarios detractores’ y ‘gasté *par de* pesos en el regalo’.



Además, nos han remitido el sustantivo *academicidad*, un anglicismo adaptado que se usa en el campo del Derecho para designar la cualidad de irrelevante en la práctica de un caso judicial o argumento legal, y que por extensión se aplica a cualquier argumento o planteamiento. También se utiliza para designar la cualidad de académico que poseen personas o cosas. Entonces se habla de ‘desestimar un caso por academicidad’ y del ‘nivel de academicidad de los legisladores’.

Por otro lado, obtuvimos léxico que, aunque se ha utilizado desde hace muchísimos años, no se ha registrado aún. Identificamos *casquivache*, ‘variante de cachivache’ y *macharrán*, sustantivo que utilizamos para designar a un ‘hombre grande o machista’. Además, nos remitieron *güichí* y *abaquetas*, ambos términos de la gastronomía local. El primero alude a ‘una fritura de papa hervida rellena de jamón, carne o salchichón’ y el segundo, a ‘una galleta que es blanda por haber perdido su consistencia original’.

Estos términos han pasado a la base de datos de puertorriqueñismos de la ACAPLE y se ponderará la recomendación para que sean incluidos en el **DRAE** o en Diccionario de americanismos. De parte del equipo de investigadores de la Academia Puertorriqueña de la Lengua, les reiteramos nuestra gratitud y les expresamos el compromiso de continuar recopilando el valioso caudal léxico de Puerto Rico. ¡Te damos nuestra palabra!



? daTOcurioso

¿Dónde está Júpiter?

¿Sabía usted que el *Diccionario de la lengua española* (DRAE) excluye los nombres propios? El argumento, ampliamente debatido, es que el lugar de estos no es el diccionario, sino la enciclopedia, ya que los nombres propios no poseen “propiedades” significativas, sino que más bien designan referentes únicos. Por eso, si usted busca Júpiter en el DRAE no encontrará el planeta

sino una palabra con marca de Cuba que significa “*arbusto ornamental de la familia de las Litráceas oriundo de Asia, de hojas pequeñas, enteras y opuestas y flores de pétalos rizados y largos filamentos desiguales de color rojo, blanco o rosado en densas panículas terminales. Las hojas, corteza y flores son purgantes, y las raíces, astringentes*”.



COSAS DE LA NUEVA ORTOGRAFÍA

AMPARO MORALES

CUANDO EN 1815 se eliminó la hache de la voz *Christo*, hubo una gran polémica, algunos calificaron el hecho de blasfemia. Y eso a pesar de que ya en 1559 un autor anónimo de Lavaina había escrito, haciendo referencia a esa letra “Esta aspiración se junta con todas las vocales; como *hazer, hecho, hize, hora, humo*: pero no se puede juntar con las consonantes; y por eso en la lengua vulgar no se sufre dezir ni escribir *Christo, charidad, orthografia*; sino *Cristo, caridad, ortografia* i todos los otros se deven escribir desta mesma manera”.

Tal vez los distintos criterios que gobernaban las decisiones académicas (etimológicos, de pronunciación y de uso), fueron la causa de que en 1741 cuando se publicó la primera *Orthographia* de la Real Academia, las dudas aún imperantes impidieron aceptar el cambio y no fue hasta 1815 que se eliminó la hache de *Christo*.

Hoy nos reímos de los reparos de la Academia Española y de la tardanza en eliminar esa hache superflua, pero ya no nos reímos tanto de las innovaciones recientes de la *Ortografía* de 2010. Por lo pronto, ante la pérdida de *che* y *elle* nos preguntamos ¿por qué suprimir estos dos letras? ¿No estaban allí desde hace más de un siglo? No debemos alborotarnos, todo tiene una explicación, lo único que ha sucedido es que esas letras han pasado al conjunto al que pertenecen. El sistema ortográfico del español consta de veintisiete letras (el abecedario) y de cinco dígrafos, estos son: **che**, que representa al fonema /ch/ (*chapa, achantar*); **elle** que representa al fonema /ll/ (*gallo, lluvia*); **gu**, que representa al fonema /g/ ante e,i (*guiso, pliegue*); **qu**, que representa al fonema /k/ ante e, i (*queso, esquina*); y **erre doble** (rr) que representa al fonema /rr/ (*arroz, tierra*). La *che* y *elle* son dígrafos, el que por años se hayan mantenido en el conjunto equivocado no quiere decir que, una vez establecida la distinción, la equivocación haya de prevalecer.

La pérdida de la tilde en algunas palabras también ha ocasionado alboroto. Ya nos habíamos acostumbrado a escribir *guion* y *truhan* con acento, y se nos dificulta hacerlo sin él. Muchos hablantes insisten en que esa pérdida les obliga a pronunciar estas voces como *pie*, *vio* y *dio* [pié], [bió] y [dió], cuando en realidad las pronuncian como [gi-é], [gi-ón], [kri-é]. Efectivamente, esa diferencia de pronunciación

se da en algunos hablantes, desde luego, no en todos. La queja nos recuerda a la hache etimológica, supongo que también allí los que no querían perderla argumentarían que ellos pronunciaban la sílaba con aspiración. Pero la sensatez se impuso entonces y lo mismo, ahora. No hay que olvidar que la ortografía establece normas para la lengua escrita y que se da el hecho irrefutable de que en estas palabras el acento recae en la vocal fuerte siempre. Aunque el hablante pronuncie [tru-án] o [truán], nadie dice [trú-an] ni [gí-on]. Un sistema ortográfico no puede estar plagado de excepciones, de ser así quedaría anulado. La norma establece que la unión de una vocal fuerte acentuada y una débil forman un diptongo ortográfico, por eso, escribir hoy *guión* es una falta ortográfica.

Otras palabras mantienen la opcionalidad acentual, pero su situación es diferente. Se trata de: *período/ periodo, alvéolos/alveolos, chófer/chofer, aún/aun*, en ellas el acento prosódico puede caer en una vocal u otra dependiendo de cómo se pronuncien: [período]/[periódo], [alvéolos]/[alveólos], [chófer]/[chofér], e incluso [áun]/[aún]. Aquí hay cambio de vocal acentuada y la escritura respeta ese hecho poniendo el acento ortográfico correspondiente.

El caso de los demostrativos (adjetivos y pronombres) y *solo* es harina de otro costal; desde 1959 la ortografía



restringía el acento en los demostrativos pronominales y en *solo* adverbial a los casos de ambigüedad y el DPD ponía un ejemplo modelo: *Estaré solo un mes*. En 2010 nos recomienda que ni aun en los casos de ambigüedad pongamos acento. Y ahora sí los ejemplos ambiguos se han multiplicado, han surgido incluso coleccionistas de ellos. Pero la Academia insiste en que la tal ambigüedad se resuelve en el contexto. La explicación vuelve a ser la uniformidad: si el sistema ortográfico del español no distingue con acento ninguna de las palabras tónicas que tienen homónimos (*sal* del verbo *salir*, frente a *sal*, sustantivo; *fue* y *fui* del verbo *ir* o *ser*, etc.), y resulta que

mucho que ese *catar* les recuerde a muchos la gastronomía.

Eso sí, esta nueva ortografía nos ha aligerado el peso de las mayúsculas y tiende a evitarlas lo más posible. Ya no es necesario ponérselas a títulos y cargos, rey, papa, secretario general, etc. Irán con minúscula tanto si van solos y la referencia es una persona determinada, como si acompañan al nombre: *La reina ha presidido la inauguración, Asistió el presidente del Gobierno, Presidirá el director general de la Telefónica, Nos visitó el gobernador de Puerto Rico*. Tampoco la necesitan los puntos cardinales: *norte, este, sudeste*, tanto si se emplean en términos absolutos como si designan dirección: *rumbo al norte*. Solo se escribirán

El “apoderamiento” (si se nos permite el anglicismo) de ciertas consonantes de nuestro alfabeto ha cambiado la interpretación de algunos nombres extranjeros. La uve doble (w) y la ka (k), estuvieron relegadas por años, por ser letras que no procedían del latín o no se habían usado en el latín clásico. Ahora, superadas esas circunstancias, y como representantes legítimas del abecedario, ya no necesitan transcripción, como, por ejemplo, la había necesitado *whiskey* cuando la pasaron a *güisqui* —término que afortunadamente nadie usó—. Hoy podemos escribir *kiwi, wiski, waterpolo, anorak, búnker, kayak*, etc. totalmente liberadas de la cursiva. Son palabras adaptadas al español.

tanto los demostrativos pronominales como los adjetivos y el *solo* (adverbial y adjetivo) son tónicos ¿por qué hacerlo en estos casos?

En otras voces extranjeras determinadas consonantes están causando problemas a la ortografía. Se trata de la ge y jota, que cuando aparecen en ciertas palabras extranjeras se pronuncian como lo hacen en su lengua de origen y no como corresponde a consonantes españolas. En estos casos la Ortografía propone que el hablante elija entre adaptarla al español y pronunciarla con sonido velar sordo, como *mánager* [mánajer] o si prefiere pronunciarla con el sonido palatal de la ye, —como parece ser la costumbre— escribirla con ye: *Yénifer, yúnior, banyo, yas*, etc. En ambos casos serían palabras adaptadas.

La q, sin u, nos trae otros dolores de cabeza. Esta sí que es una consonante extraña al español, se recoge en traducciones del árabe y hebreo. Actualmente aparece en tecnicismos que llegan a través del inglés (*quark, quásar*) o en latinismos (*exequatur, quorum*). También aquí tenemos opción: mantener las palabras como extranjeras con la q como *quorum*, escrito en cursiva, o adaptarlas al español y pasar la q a c, como *cuórum*, escrito en letra redonda y con acento. Sucede lo mismo con términos similares: *execuátor, cuark, cuásar*, etc.; también otros: *Irak, Catar, catarí*, por

con mayúscula cuando formen parte de un nombre propio, *América del Sur, Corea del Norte*, etc. Las voces de entes únicos: *tierra, sol y luna* solo se escribirán en mayúscula en contextos astronómicos en los que funcionan como nombres propios: *Un eclipse lunar se produce cuando la Tierra se interpone entre el Sol y la Luna*. Desde luego, quedan muchos contextos problemáticos, nos dicen que la mayúscula dependerá del sentido en que se tome la expresión. Muchas veces ese sentido es difícil de precisar, sabemos la dificultad teórica de distinguir entre nombre común y propio... nos quedamos con algunas de las dudas de siempre.

Por otro lado, las nuevas directrices, si bien sirven para los términos recién llegados, tienen que ceder y transigir con las tomadas por los que están en español desde hace años. Hoy se puede escribir *kimono y bikini* con k y con qu. Las nuevas normas dictan la k, pero como los hablantes ya se habían acostumbrado a escribirlas con q, se mantienen ambas formas. Además, esta claro que no resulta fácil establecer patrones generales, los hablantes han demostrado a lo largo del tiempo que no siempre están dispuestos a seguir lo que la ortografía dicta. No nos gustó *güiski* con ge y seguimos usando el anglicismo, tampoco quisimos eliminar la pe de *psicología*, por mucho que la Academia quiso aliviarnos la carga fonética. Veremos si los nuevos *wiski, yas, Catar* y todos los otros son aceptados por los hablantes. Esperemos que sí.

EL BÉISBOL Y SUS METÁFORAS

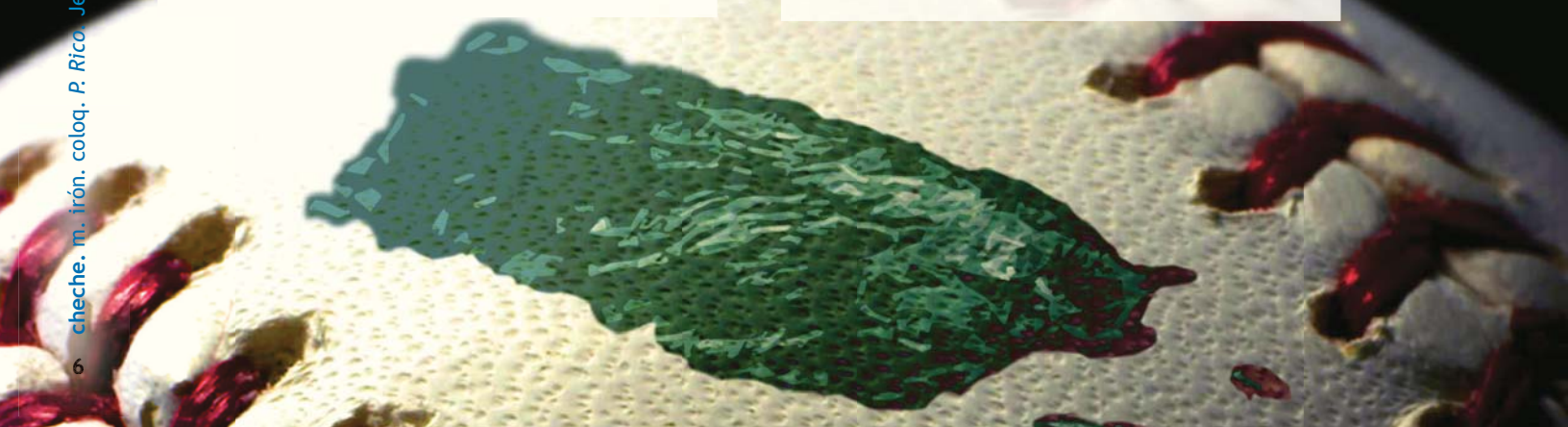
EDGARDO RODRÍGUEZ JULIÁ

EL BÉISBOL ES deporte de sustantivaciones metafóricas. Ese empeño metafórico se refiere lo mismo a su extrañeza como deporte que a su extranjería como parte de una cultura anglosajona trasplantada al trópico. Su extrañeza la conjuramos con símiles o metáforas que nos permiten visualizar sus complejidades o engalanar sus gracias y evidencias; aquí se sacia su apetencia de poesía. Por otro lado, la metáfora también funciona como traducción de los significados en inglés. En esto el ánimo es semántico; aquí tratamos de explicar, lo mismo que sugerir, significados en inglés usados para designar términos, al menos extraños, del lenguaje beisbolero. En el primer grupo estaría el término *guardabosque central*; en el segundo podríamos situar el sustantivo *plato*.

La primera metáfora es la del *diamante*. Este deporte decimonónico de pausados giros y acompasada lasitud, se juega en un campo bucólico de grama perfectamente cuidada, el llamado *cuadro*, jardín casi versallesco tachonado de terreno arcilloso: el contraste entre el predio tierroso y los campos verdes y acicalados es inolvidable; para un niño, sobre todo cumplidos los diez años, es una metáfora del orden con que promete y engaña la vida. El *diamante* se llama en inglés *infield*, lo cual resulta, en la traducción metafórica al castellano, en ganancia rutilante y barroca, cual espacio imaginado por el mismísimo Góngora o, más en el Caribe beisbolero, José Lezama Lima. *Cuadro* —para designar este *infield*— ya entonces tiene una connotaciones más utilitarias: aquí podríamos escoger entre la poesía y la prosa; de todos modos, la precisión sugerida es siempre de orden, de algo cuadrículado y de filos exactos, casi cortantes.

En este *diamante*, o *cuadro*, el *pitcher* lanza la pelota al *home* desde un montículo; tal pareciera que estamos en algún byroniano jardín inglés. Se lanza la pelota perfectamente esférica desde un montículo (pequeño monte) y que está a sesenta pies del *home*, del *hogar*, el también llamado *plato*. En el frenesí de la proliferación metafórica propia del barroco, podríamos aseverar que alguien que lanza una esfera desde un *montículo* a un *plato* podría tener la intención —y el tino— de romperlo. No en balde el lanzamiento que *pellizca* las esquinas de ese plato —un oxímoron, ¡cómo puede tener esquinas un plato!, a menos que sea plato de la *nouvelle cuisine*— se llama en inglés *breaking ball*; en español se le llama, algo genéricamente, *curva*. El *hogar*, el *home*, es el habitáculo nada seguro al cual se lanza la pelota que rompe el *plato* pentagonal; pero no se trata de una escena de violencia doméstica. De ese hogar, de hecho, salimos a los campos y a los bosques de la vida; pero antes no debemos *poncharnos*, haciéndole *swing* a la bola en ánimo de batearla y llevarla a los bosques, o, por el contrario, *abanicándola* al pasar el bate con fuerza en los hombros y rapidez en las manos para completar el *out*, ese fuera de turno al bate, por ahora... Como vemos, el béisbol es deporte complicado que ya debe entenderse cumplidos los diez años. ¿En qué deporte que no sea acuático un lanzador sería capaz de lanzar una bola *submarina*, es decir, por debajo del brazo y que viaja invisible, como un torpedo? Raúl “El Tigre” Cabrerita era especialista en ese lanzamiento que —dice la leyenda— a veces le dejaba los nudillos ensangrentados... Cuando un lanzador lanza efectivamente para sacar de su turno al bateador, se dice que vino *por la goma*, y aquí el plato perforado por el centro o las esquinas resultó de goma, cosa extraña; a menos que la expresión se refiera a la goma en el *montículo* que el lanzador pisa antes de realizar el lanzamiento.

Al *catcher*, el pelotero que recibe en cuclillas los lanzamientos del lanzador, le toca permanecer en la



receptoría, función que le otorga a esta posición una oficialidad inusitada, como la del *contralor* o *colector* de rentas internas. El receptor es pelotero de responsabilidades graves, por lo que nuestro Iván Rodríguez, el mejor de todos los tiempos, siempre luce serio y pensativo, como si a él le tocara, como máximo oficio, gobernar —oficiar, justo— sobre todas las complejidades del béisbol: captura con la *trocha* (metáfora rural que no es vereda sino guante) la danzarina y caprichosa bola de *nudillos*, la ya mencionada *curva* que alcanza la esquina del *plato* nada redondo, la llamada *recta de humo* (linda adjetivación preposicional) que apenas ve el bateador y cuyo destino adivina el receptor, o el *lanzamiento salvaje*, que es cuando el lanzador entra en una especie de paroxismo, borrachera o arrebató y no encuentra el doméstico *plato*, no llega al hogar. Aunque, finalmente, sea así la cuestión, y recapitulo fatigosamente: *recta de humo* con el conteo tres y dos para ponchar (del verbo en latín *punctiare*) con el bateador *abanicando* (echándole su brisita) a la bola. *Curva* a las esquinas, *pellizcándolas*, para engañar al bateador, que entonces se poncharía de cara a la perplejidad, al *verla pasar* sin *sacar* el bate de la baqueta. Como vemos, si se trata, en la receptoría, de llevar una contabilidad: bolas y *strikes*, bolas lanzadas fuera de la zona del *strike* y bolas lanzadas al centro mismo de esa zona, o bien a las esquinas, el engaño al bateador verificándose en el hecho de que no ve el lanzamiento de humo o, si lo ve, la bola rompe en curva y se le escapa aunque lejos, justo a donde el bateador no apuntó su *swing*. Aunque intraducible, *swing* quiere decir jaleo sabrosón en la música y en el béisbol ese sacar el bate con rapidez y pasarlo por donde viaja la bola sobre noventa millas por hora, asunto nada fácil. A veces se dice que el lanzador *mordió las esquinas del plato*. Aquí pasó del flirteo-*pellizcó* la esquina- al encendido arrebató sexual.

Terín Pizarro, el gran Terín, lanzador siniestro de los Cangrejeros de Santurce, tiraba una *recta de humo* tan dura que la bola se empequeñecía en el aire para el bateador, convirtiéndose en *chicharo*, guisante, algo así de diminuto para la vista temerosa del pelotero al bate. Aquel zurdo *sepia* que lanzó más adelante con el equipo Caguas-Río Piedras y las Medias

Blancas de Chicago, *estrucaba* a cuanto bateador de bate rápido osaba retar sus *chicharos*. *Estrucar* a un bateador es deformación castellanizada del *strikeout* inglés, aunque también insinúa que Terín *estucó*, dejó al bateador manco, con un *tuco* en vez de bate, lisiándolo del brazo, incapacitándolo para conectarle a la esfera. También sugiere que los *esnucó*, que lo *escocotó* cuando *abanicó* la bola. En este *estrucar* el infinitivo tiene origen inglés y su sonoridad se abre en polisemia cual cola de pavo

real. Un bateador *estrucado* también fue el que se quedó con la “carabina al hombro”; la vio pasar y no le hizo *swing*. En este caso la metáfora es marcial y con arte nada agresivo. Quedarse así, con el fusil al hombro, es ir a la guerra y no disparar, haber salido al terreno de juego sin haber ensuciado el uniforme, es no haber “disparado un chicharo” en toda la vida, justo la medida del temeroso. Un *strike cantado* nunca es operístico sino más bien dramatizado mediante gruñido por el árbitro, quien dictamina el embarazo del bateador con la *carabina al hombro*.

Para nosotros los caribeños, el lanzador hace un lanzamiento; para otros caribeños y centroamericanos se trata de una *pichada*, de una bola *pichada*, participio convertido en adjetivo y luego sustantivado.

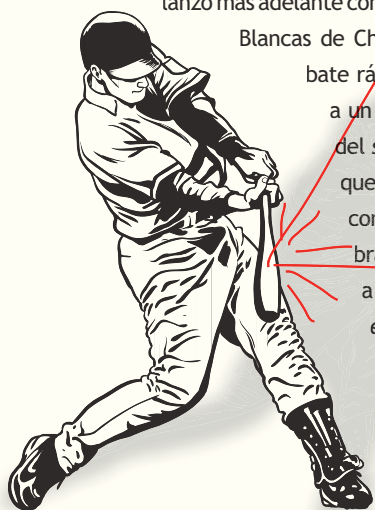
Esa complejidad en el lanzamiento se la podemos atribuir a

Rubén Gómez, el Divino Loco, quien raras veces cometía un *wild pitch*, ese lanzamiento que el receptor no puede recibir o tramitar: todo lo que lanzaba era filigrana de cirujano, siempre buscando las esquinas del *plato*, del *plate*, sirviendo no comida de fonda sino *foie gras*, como ese *slider* hacia una de las esquinas, o el *screwball*, o lanzamiento de

tirabuzón, variante de la curva mortífera y engañosa. El receptor usa *careta* para protegerse de *piconazos* en que la pelota rebota de *foul*; pero también porque es hipócrita por excelencia, quien oficia sobre el engaño al bateador, quien pide la *pichada* servida con esmero, o la *recta de humo* pujada con fuerza. Cuando el lanzador está *bolón*, y otorga una *base por bolas* al bateador (esta vez son cuatro las bolas), se dice que le dio *pasaporte* a la primera base, para que oficialmente lo inicie o estampe el *inicialista*, y así comenzar la travesía del diamante.

El béisbol romántico apenas usaba lanzadores de relevo, esos especialistas que entrarían a lanzar una vez el lanzador que inició el partido fuese *explotado*. Cuando los necesitaba el Caguas-Guayama, o el Caguas-Río Piedras, recurría al zurdo espejuelado Roberto Vargas, quien era conocido por el apodo de Voz de Trueno, y entraba tarde en el juego a *taponar*, a ponerle *tapón* a la producción de carreras del equipo contrario. Roberto Vargas era el *taponero* por excelencia de mis dorados criollos. Un lanzador se *estucaba* cuando el brazo se le caía, cuando perdía velocidad en los lanzamientos, cuando ya no podía lanzar *chicharos*; el brazo se le murió, convirtiéndose en *tuco*. Eso le pasó a mi querido Manuel Maldonado Denis en un juego en Juncos; por eso se metió a intelectual.

Nadie como Peruchín Cepeda para batear una *línea silbante* de hit sobre los *fildeadores* del cuadro. La bola apenas describía un arco en el aire, y pasaba sobre la segunda base y el *sio*re (el *campocorto*) con ese sonido de proyectil que viaja a gran velocidad. Roberto Clemente, lo mismo que más adelante Carlos Beltrán, batearía la bola así, duro y con el



restallido de la madera del bate en el jocico (hocico), convirtiéndola en algo vulnerable, personalizándola hasta casi partirle la cara. A la bola se le da duro y en el hocico; si no es así, también podría ir silbando a ras del diamante, por el cuadro, recortando la grama, o retrasándose por fricción, esta vez convertida en rolada según Centroamérica —participio sustantivado—, o en roleta para los caribeños, adjetivación cuya sonoridad denota cosa hueca e inofensiva, aunque rolada ya sea casi insubstancial follonada al cuadro, casi una flatulencia nada tronante sino débilmente susurrante. Cuando la bola se le escapa entre las piernas al fildeador del cuadro, hablamos del rabo que le pusieron, lo cual hace que la flatulenta y afrancesada rolada (roulade) amplifique aún más su insinuación metafórica. El bateador bujía es el primer bateador de la alineación. Se especializa en el juego alegre: coloca la plancha o se embasa mediante base por bolas, es veloz e inquieto, podría alcanzar la primera mediante roleta o rolado,

sería capaz de robarse la mismísima primera base si se pudiera. José Reyes de los Mets casi siempre se apodera de esa primera base y le enciende los motores ofensivos a su equipo.

Dar un bombo es batear la bola a las alturas, golpearla lo más alto posible de foul, o para que adelanten los corredores una base al ser atrapada por los guardabosques. El bombo es como una bomba sin detonador, o carga, algo que por el sonido sabemos hueco y que en algún momento tiene que bajar. El bombo tiene el mismo nombre de ese instrumento de percusión que marca en las bandas, o en las sinfónicas, los compases más arriesgados, porque un azote mal dado al bombo daña cualquier pieza musical. Lo mismo ocurriría si un guardabosque deja caer un bombo —el bombo al lanzador o receptor es la jugada más fácil del béisbol—, máxima humillación y embarazo, porque en ese caso la bola pasa al fildeador por el lado hasta caer en el terreno de juego, convirtiéndolo así en un torero. (La bola le pasa por el lado como el toro le pasa por el lado al torero.) Semejante toreada, con sus olés, provoca la gritería burlona de la fanática en el estadio.

Una vez el bateador llega a la primera base, la inicial, ello mediante plancha o hit, incogible, puede tener la tentación de robarse la segunda base. La plancha no es alisar la ropa con instrumento de calor sino poner el toque; aquí la figuración en no hacerle swing completo a la bola sino formar con el bate una plancha, o impedimento, que apenas la detiene, la toca, y la pone a roletear, o rodar, por la línea de primera o tercera del diamante. Casi siempre esta plancha se pone con corredor en la inicialista y sin outs; se adelanta así al corredor, aunque, igual, este podría robarse la base una vez el lanzador comienza su pichada al receptor, obligando al corredor fugitivo a que aquel lance apresurada y certeramente a la



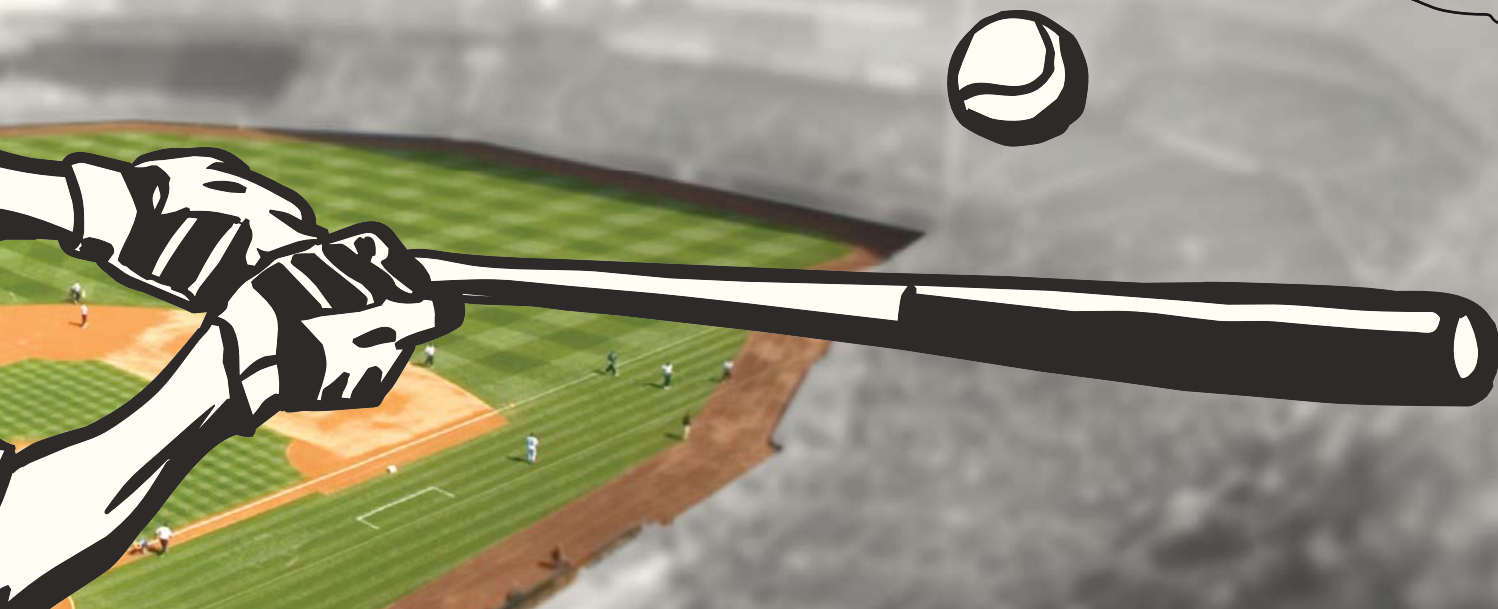
segunda *almohadilla* para sacarlo de *out*. Robarse la *base*, lo mismo que poner la *plancha* o *toque*, son movimientos tácticos para adelantar al corredor que retarían, en todo caso, los brazos privilegiados —esas *bazukas*— de un Iván Rodríguez, Benito Santiago o Yadier Molina.

El título de *inicialista* sugiere una oficialidad estructural, como si al llegar a primera base, el pelotero que la custodia tuviera que *inicialar* unos contratos. ¿Se necesitan las firmas al margen, en la línea de primera base? Pidanselas a Víctor Pellot Power, el jacarandoso y pimentoso *inicialista* de los Criollos del Caguas-Guayama. El *intermedista*, la segunda base, Roberto Alomar en todo caso, nos insinúa que esos documentos ya inicialados están sujetos a negociación, a intervención o mediación, arbitraje diplomático. Ese interlocutor valioso que es el *intermedista* comienza, o le

da jaque, al *doubleplay*, la jugada excitante y movida que, cual mirada bifronte de Jano, se vuelve lo mismo al *siore* (campocorto) que luego voltea su tiro —sí, de magnum calibre treinta y ocho— a la primera *almohadilla*. El *intermedista* está, justo eso, en medio de toda negociación o jugada compleja, y oficia sobre la solución de los lances en esa línea clave, imaginaria, que va del *home*, del *plato*, a los profundos y lejanos predios del bosque central. El resto del *infield*, del *cuadro*, es otra cosa: ahí pasamos de la oficialidad escritural, del trámite, a la gracia musculosa, de la gestión —aunque sea acelerada— a cierto lirismo no exento de garra.

Porque si la segunda base es acrobática, el *siore*, el *torpedero*, tiene que conjugar la gracia del acróbata con el brazo certero y potente de quien tira un *torpedo*; quien posee por brazo un mecanismo para lanzar un torpedo llegará con su tiro lo mismo a la segunda *almohadilla* que a la primera, iniciará la doble jugada o *fusilará* al corredor que se atreva invadir el *home*, alcanzar el *plato*. Saltará y se alargarán casi horizontalmente hacia los lados, suspendido en el aire, para capturar la pelota antes de que ésta golpee en el terreno, de *piconazo*. Pero

también el campocorto invadirá el terreno del guardabosque central y el izquierdo para capturar el *bombo*. El *torpedero*, o *siore*, es el pelotero sin territorio fijo y que podría invadirlos todos; es el paracorto (*shortstop*) porque funciona como un cuarto guardabosque y también es el *fieldeadador* que más *roletas* o *roladas* captura, ello para aliviar la carga de los *patrulleros*. Es quien oficia por aire y también por el terreno. Si no existiera el campocorto, habría que poner una malla entre la segunda y la tercera base, porque justo por ahí es que estadísticamente *jalan* más la pelota los bateadores derechos. (*Jalar* la bola es completar el *swing* en toda su media circunferencia de 180 grados.) Este territorio del campocorto es venezolano por excelencia y dominicano por descendencia: de Luis Aparicio a Omar Vizquel, de Miguel Tejada a Hanley Ramírez; todos son herederos de esa tradición que continuó el más espigado de todos ellos, el venezolano David Concepción. El *antesalista* es la tercera base; es quien



custodia, cual cancerbero, la llegada al *hogar*, al *home*, al *plato*, a la abundancia o al final, como veremos más adelante. El *antesalista* oficia sobre la llamada *esquina caliente*, porque aquí las líneas son *silbantes* y llegan a su posición en un abrir y cerrar de ojos. Pero también el tercera base debe recoger *roletas* candentes al igual que traicioneros *machucones*, es decir, bolas bateadas que van a rebotar, o morir lentamente, en el terreno inmediatamente anterior a la tercera *almohadilla*, otra designación para la base, que ahora sí anticipa la domesticidad del *home*. Estos lentos y agonizantes, perezosos e inciertos *machucones*, deben dejarse rodar hacia la línea de *foul*; pero si no se salen de esta, es la humillación del *antesalista*, se convierten en *infield hits*, incogibles al cuadro.

Deslizarse en el *home*, luego de haber pisado la tercera base o edad, esa tercera almohadilla, la final y fatal, es llegar a esos almacenes de viejos que son los asilos, los *homes* de nuestra modernidad una vez alcanzamos doblar en carrera hacia la muerte, que podría esperarse en el *home* o tropezarnos con ella mediante fusilada repentina. Mi primer *antesalista* memorable fue el discreto Rance Pless, tercera base de las Criollos de Caguas que se caracterizaba por su juego anticarismático, asunto contradictorio para quien custodia la *esquina caliente*, que es como oficiar de cantinero sobrio en un bar de mala muerte, emplear de *bartender* al abstemio melancólico.

En La Habana existe un parqucito en cuya esquina vocinglera argumentan los conocedores del béisbol. Luis Tiant la visitó de regreso al barrio habanero donde se crió, después de muchos años de exilio. Esa esquina de la placita habanera se conoce como La Esquina Caliente y nadie reconoció a la estrella cubana de los Medias Rojas de Boston. Es lo que ocurre pasado el exilio o cercanos a la muerte. Es tocar en el bar, la *esquina caliente*, antes de llegar a casa para encontrarnos con mujer chancletera, o antes de llegar al *home* y encontrar la muerte súbita.

Los *guardabosques* también son conocidos como *patrulleros*. La vigilancia lírica del guardabosque se vuelve máxima alerta en el patrullero; justo son ellos los que vigilan que las *líneas silbantes* no piquen en el terreno, los llamados inatrapables o *hits*, o que los *bombos* se conviertan en *cuadrangulares*, o triples, en que el corredor alcanza llegar a dos o tres bases. En todo caso, se trata de una vigilancia, un patrullaje para evitar que el bateador siga con vida y pueda correr el cuadrángulo todo. El *inatrapable* es una transgresión inadmisibles para un guardabosque o patrullero; su función es atraparlas todas, o casi todas, no empece el esfuerzo.

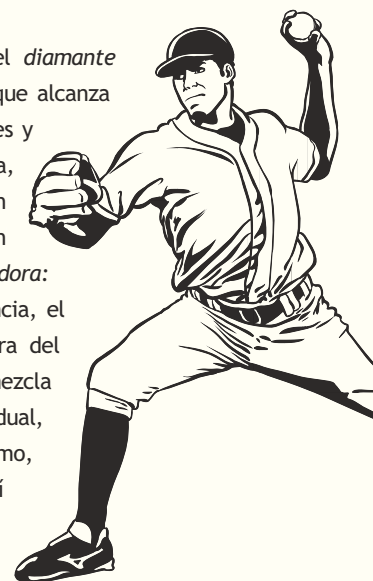
Los guardabosques de la izquierda o derecha son verdaderos vigilantes; pero el guardabosque central sugiere, por la profundidad de su patrullaje en un bosque que no existe, que no vemos, que es figurado, porque en esos predios sólo hay césped, las *Sendas Perdidas* de Martin Heidegger; el *Holzwege* son sus señas, esas trochas que aunque conducen a ninguna parte impiden que nos perdamos en el bosque de la vida. El guardabosque central es una figura solitaria y lejana a la cual le pedimos proezas. Si los otros patrulleros requieren destrezas específicas, como el gran brazo de Clemente en el patrullaje del bosque derecho, al guardabosque central le exigimos esa atrapada del *bombo* en *jugada de canasta*; es la improbable vendimia del huerto ejecutada en el bosque, justo al poner el guante a la altura del

cinturón, y como simulando crearle a la bola bateada, a trescientos y pico de pies de distancia, un nido acogedor y delicado, los cuidados metafísicos de la poesía. La *atrapada de canasta* fue inventada por Luis Rodríguez Olmo y perfeccionada por Willie Mays. Bernie Williams fue una figura solitaria y sensible, músico y guitarrista de jazz, que también prefirió las sendas perdidas del patrullaje central mientras vestía el uniforme de los Yankees de Nueva York. Y Bernie, que corría con gran elegancia, a la Joe Dimaggio, logró muchas atrapadas de *cordón de zapato* en el jardín central, esa atrapada en que, a toda carrera, el guardabosque central captura la pelota, casi yéndose de boca, a punto de tocar la bola el terreno, en el instante anterior al *piconazo* que la convierte en inatrapable, ya perdida para siempre en el bosque.

Pero los *guardabosques* tienen una obligación suprema, es decir, capturar la pelota cuando esta amenaza con *irse pa' las tablas*, sobre la verja, casi de jonrón. Si es necesario escalar las *tablas* de la verja, o poner el guante sobre esas tablas, debe hacerlo; al guardabosque se le exige el sacrificio supremo para que no ocurra lo peor, o sea, el corrido de todas las bases hasta llegar al plato para una carrera, o las cuatro carreras que entran si el *vuelacercas* encontró *corredores*, *hombres* en las bases. El guardabosque central que captura todas las bolas bateadas a su predio es llamado *pocito* en algunas partes de Hispanoamérica. Todos los *bombos* bateados por ahí van al fondo del guante.

Irse *pa' la calle*, batear el jonrón, sería cosa lírica en el Parque Ildefonso Solá Morales porque, literalmente, la bola llegaría a la calle, lo mismo que en Wrigley Field. Pero el lujo supremo de *irse pa' las tablas* es conectar el jonrón en el viejo Parque Sixto Escobar y llegar a las aguas del Atlántico, que en el caso del actual Safeco Park de San Francisco es llegar al Océano Pacífico.

El cuadrangular completa el *ordos* del *diamante* donde se juega el béisbol. Es el batazo que alcanza completar el cuadrángulo de las tres bases y el *plato*. Se completa un orden, sin duda, y es el batazo de mayor ganancia; no en balde el *plato* también se le llama en Centroamérica y Venezuela la *registradora*: es donde se oye el timbrado de la ganancia, el béisbol siendo, quizás, la mejor metáfora del capitalismo yanqui decimonónico, buena mezcla del esfuerzo corporativo y el carisma individual, el éxito de llegar al *home* como valor supremo, brillante paradoja ésta, porque el final aquí es abolido por la abundancia.



queridaDUDA

En esta sección presentamos preguntas que hemos recibido a través de nuestro servicio de Consultas lingüísticas en www.academiapr.org.



P: ¿Cómo se construye el plural de ítem? ¿Ítems, ítemes o ninguna de las anteriores?

R: En relación con su consulta, le remitimos la siguiente información:
El plural para el término es ítems.

«El Código [...] consta de una decena de ítems» (*Universal* [Ven.] 15.10.96);

«El test queda reducido a 20 ítems» (Rdgz., Martos *Alcoholismo* [Esp. 1989]).

“[...] como norma general, los latinismos hacen el plural en -s, en -es o quedan invariables dependiendo de sus características formales, al igual que ocurre con el resto de los préstamos de otras lenguas: ratio, pl. ratios; plus, pl. pluses; lapsus, pl. lapsus; nomenclátor, pl. nomenclátors; déficit, pl. déficits; hábitat, pl. hàbitats; vademécum, pl. vademécums; ítem, pl. ítems”.

Referencia: *Diccionario panhispánico de dudas*. www.rae.es

niBIENNIMAL

YO ME ALINEO. ¿Y USTED?

AIDA VERGNE



¿SE HA FIJADO que hay en los hablantes la tendencia a desplazar el acento de algunas palabras? Por ejemplo, algunos hablantes convierten palabras que tradicionalmente son agudas, en llanas. Ese es el caso de la palabra cenit, que de tanto los hablantes “allanar” esa aguda, la Academia no tuvo más remedio que allanarse y hoy nos dice el DPD: “[...] en los textos astronómicos y, en general, en la norma culta, se prefiere la forma aguda etimológica cenit, pero hoy es frecuente, y también válida, la forma llana cénit”.

Las palabras llanas y esdrújulas no están exentas de este cambio cambia de acentos que los hablantes efectúan. Un ejemplo clásico de lo anterior es la palabra llana icono, por la esdrújula ícono ¡con todo y tilde por supuesto! Así pues, ícono tiene dos acentuaciones válidas: la llana, que es la más próxima a su etimología griega y la preferida en España, y la esdrújula ícono, característica de Puerto Rico y el resto de América.

Hay un caso muy interesante donde el hablante transforma una llana en esdrújula. Me refiero al verbo alinear, que no

es otra cosa que ponerse en línea. En Puerto Rico alinear también significa detener el carro momentáneamente en algún lugar donde no estorbe mucho. Así pues, en Puerto Rico el conductor “alinea” su carro ¿verdad? Pero lo “correcto” es “alineo” con acento prosódico en la -e-. Por lo tanto, yo me [alinéo], tú te [alinéas], y él se [alinéa], (por su puesto escritas sin la tilde pues son llanas).

En este caso el hablante, por la fuerza de la analogía con el sustantivo línea, mueve el acento a la -i-: [alinéo], [alinéas], [alinéa], etc., pronunciación que incluso se manifiesta en la escritura.

Nada, que hay palabras cuya pronunciación está en permanente forcejeo entre las formas más elitistas o eruditas y las formas más usuales o cercanas a la realidad cotidiana de los hablantes. Por otro lado, hay que tener en cuenta que la lengua oral y la lengua escrita transitan por vías paralelas. Habrá que ver entonces si el verbo alinear corre la misma suerte del sustantivo ícono/icono y se alinea en su forma esdrújula en el paradigma verbal de alinear, con doble articulación. El tiempo, y los hablantes dirán.

dobletes

El *Diccionario de la lengua española* define “**doblete**” como: “Pareja de palabras con un mismo origen etimológico, pero con distinta evolución fonética...” Ocurre con estas palabras como en esas historias donde dos hermanas, a veces gemelas, siguen cursos opuestos por la vida. Una de ellas, la discreta y conservadora, se mantiene fiel y cercana a sus orígenes cultos, es decir a su parentela latina o griega, mientras que la otra, la hermana más libre y arriesgada, corre a mezclarse con el pueblo, sin que le importe mucho el qué dirán.

La profesora Rosario Núñez de Ortega ha preparado para **DILQ** los siguientes ejemplos de dobletes que ilustran algunos de los caminos semánticos y fonéticos que han recorrido las palabras de nuestro idioma.

Cátedra / Cadera

Del latín *cathedra* (silla) y este, del griego *kathédra* (asiento).

Antiguamente, la **cátedra** era la silla en la que se sentaba el profesor para dictar su lección. Posteriormente, el significado del cultismo se extendió a la función o el ejercicio de la enseñanza. Derivados de la voz culta tenemos **catedrático** (el que ocupa la cátedra) y **catedral** (el trono o asiento de un obispo o un arzobispo).

La palabra romance **cadera**, con la acentuación griega, según la define Corominas, es “la parte saliente formada por la pelvis a ambos lados del cuerpo.” Ambos referentes, el culto y el vulgar, tienen una función similar: en sus orígenes: la cátedra era la silla del profesor; por analogía, la cadera es, también, el asiento de nuestro cuerpo.

Solitario / Soltero

Del latín *solitarius* (sin compañía); y este, del adjetivo latino *solus* - a - um.

Tanto el cultismo **solitario** como el semicultismo **soltero** (debió ser **soldero**) mantienen significados muy cercanos, pero la voz culta es más amplia, ya que alude, simplemente, a la ausencia de compañía, sin especificarla, mientras que **soltero** apunta a la falta de cónyuge; no, a otra compañía. Si bien es cierto que un ser solitario probablemente sea soltero, una persona soltera puede ser gregaria y no tiene por qué permanecer sola. Seguramente, aquel que opta por la soledad tendrá buenas razones para hacer suyo el proverbio popular que dice: “Más vale solo que mal acompañado.”

**Jactar (se) / Echar**

Del latín *iactare* (arrojar, lanzar).

El cultismo **jactar** se emplea predominantemente en su forma reflexiva: **jactarse** (alabarse en exceso).

La voz romance **echar** es fiel al significado original del latín - lanza, arrojar, Curiosamente, en su forma reflexiva - echarse de, echárselas - coincide con su doble culto **jactarse** - hacer alarde de algo, Esta segunda acepción de la voz vulgar y sus derivados son un puertorriqueñismo. Así lo documenta el Tesoro lexicográfico del español de Puerto Rico, de María Vaquero y Amparo Morales. Lo cierto es que el vocablo tiene entre nosotros una clara connotación peyorativa: “Elisa se las echa de intelectual.” “Juanito cae mal por que es un echón.”

Literario / Letrero

Del latín *litterarius*; y este, del latín *littera* (letra).

El cultismo **literario** designa lo que es relativo a las letras, a la literatura; “un relato literario;” “un debate literario.” Muy alejado de este significado podría parecernos de semicultismo **letrero**. En una primera acepción ya en desuso, significaba **letrado** (persona sabia, de letras). Hoy se emplea exclusivamente como “palabra o conjunto de palabras escritas para notificar o publicar algo.” Así como tenemos la voz **librero**, que significa mueble para colocar libros y, también, persona que se dedica a venderlos, ¿por qué **letrero** dejaría de significar **letrado**? Caprichos de la lengua y sus hablantes.

SE ESCRIBE “JÍBARO” Y NO “GÍBARO”

EDUARDO FORASTIERI-BRASCHI

Y, SIN EMBARGO, “se llamaban *gíbaros*” —se lee en el primer testimonio lingüístico que conozco de 1752 del padre Murillo Velarde. Pero ya antes otro documento de 1712 del obispo Pedro de la Concepción Urteaga —que no he consultado— los caracterizaba “de condiciones fieras, altivas e indevotas y que por su fiera malignidad llamaban *gíbaros*”.

El testimonio más hermoso del *gíbaro* con ‘ge’ es una pieza a piano: *Marche des Gibaros*, opus, 31, *Souvenir de Porto Rico*, de Louis Moreau Gottschalk, entre 1857 y 1858; pero el más revelador es la inscripción a un grabado al aguafuerte en el que figura un campesino trazado al estilo amanerado del siglo XVIII por Juan de la Cruz, con fecha de 1777, y que se encuentra en el Museo de Arte de Puerto Rico: *Gíbaro de la Isla de Puerto Rico / Montangard de l’Isle de Porto-Rico*. El doblaje de su título en español y en francés delata una referencia etimológica que es importantísima desde una perspectiva filológica. Al valor filológico de la escritura arcaica de la ‘ge’ de *gíbaro* se le añade el de su significado, ya que la traducción al francés contribuye a aclarar el significado que la designación tenía para entonces a caballo con la etimología arahuaca para *monte*, *cerro*, *peña*, y otras acepciones afines a la del *montangard* del siglo XVIII en francés.

No tengo duda alguna: el lema original del *jíbaro* —y del *gíbaro*— viene de la montaña. Coll y Toste y Alvarez Nazario, por ejemplo, remiten a la toponimia oriental cubana del *Gibara*, de acentuación llana. Por ejemplo, la designación de la *Loma del Jibara*, de raíz imprecisa *jibá* o *jabá* —especuló Álvarez Nazario— debió producirse tempranamente en las Antillas. Los lexicógrafos Corominas y Hernández Aquino, sin embargo, difieren y proponen, a cambio, la raíz *siba*, que significa *monte*, *cerro*, *peña*; de donde derivan *cibao* (lugar pedregoso) y los indigenismos *sibuco* y *sibanco* para rincones y lugares apartados, además de *seboruco* para aceptar que lo “*montaraz*” primaba en el uso antillano, según aquellos textos del siglo XVIII, y su formalización sería: [**jíbaro* < *xíbaro*] < [*xiba* < *siba*].

Hay otras propuestas filológicas menos plausibles para empates improbables, como la metátesis entre *jíbaro* y *guajiro* y su analogía con *cimarrón* que sería más aceptable si se destacara en su composición léxica el componente semántico de la *montaña*. El lexicógrafo Esteban Pichardo, por ejemplo, había sugerido que los *cimarrones* indios y negros que huían a los montes compartían su extensión léxica con los perros y con el ganado *jíbaro* y *montaraz*. Esta acepción se compartiría con la de *orejano* en Santo Domingo y con la de *guajiro* en Cuba, en donde todavía se registra el “ganado *orejano* y *jíbaro*”, lo mismo que en Argentina donde también

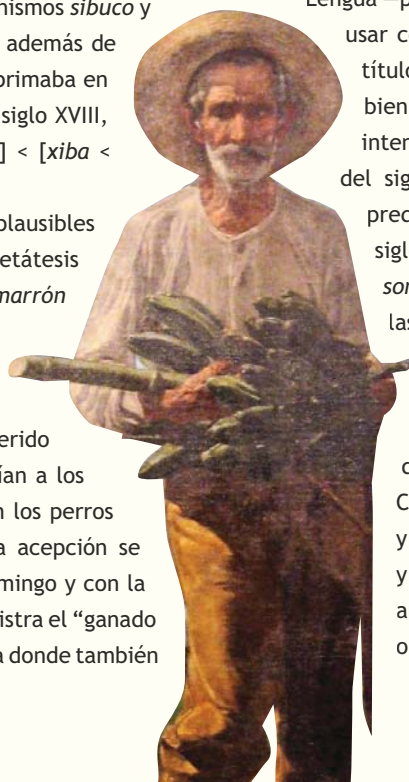
se registra el “ganado *orejano* y *montaraz*”. Pero mi testimonio favorito es una carta de Betances del 23 de septiembre de 1867 refiriéndose al estilo de un periódico francés: “Sólo un francés es capaz de hablar así, a menos que ese francés sea *orejano*...o *jíbaro*”. Este es el sentido en el que también lo recogió Salvador Brau en su *Historia*: “[Y] precisamente distinguíase la nación *jíbara* por sus hábitos *montaraces* y *cerriles*”.

La escritura arcaica alternaba las formas *xíbaro* y *gíbaro* desde el siglo XVI hasta que llegó la jota a América con las protestas ortográficas de Andrés Bello, a las que se unieron a mediados de siglo XIX algunas imprentas puertorriqueñas. Sin embargo, la *Ortografía* de la Academia todavía se opone —desde 1815— a las reformas por uniformar la grafía que había iniciado Bello. Por eso la ge se ha mantenido para no alterar las derivaciones etimológicas del griego y del latín. A su vez, las iniciativas de Andrés Bello en 1823 y 1826 insistían: “¿Por qué no se ha de sustituir a la x áspera antes de todas las vocales la j, letra tan cómoda por su unidad de valor, en vez de la g, que suena unas veces de una manera, y otras de otra [...]?”

Casi todos los documentos que conozco del siglo XIX pergeñan la ge al *gíbaro*, y cuando Manuel Alonso la inscribió a propósito con su letra arcaica también la estampó adrede por antonomasia con el seudónimo de *El Gíbaro de Caguas*. Con la ge antigua asumió un legado que él mismo contrastó con la jota en dos estampas fundamentales del segundo *Gíbaro* de 1883: “El Gíbaro en la capital” y “La negrita y la vaquita”, en la que el único *jíbaro* con jota en la escritura de Alonso alardeaba de serlo cuando se trataba, realmente, de un cacique de barrio y de un Maquiavelo campesino.

En la edición crítica de 2007 de esta obra que lleva el sello de la Academia Puertorriqueña se pormenoriza en su introducción y en sus notas este uso arcaico pertinaz.

¿Cómo es posible que se estampe un error de ortografía, nada menos que en una edición de la Academia Puertorriqueña de la Lengua —protestaba un maestro—, y que, además, se pretenda usar como texto escolar uno que lleva ese disparate por título? No hay tal disparate, colega. El título está bien puesto porque se trata de una apropiación arcaica intencional de Manuel Alonso y su trazo es parte integral del significado de la obra. El criterio de Andrés Bello predominó con la jota a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y por eso los *gíbaros* del texto de Alonso no son ortográficos. Se debe escribir *jíbaro* y no *gíbaro* en las escuelas, en los libros, en las cartas, en la pizarra y en los periódicos. Sin embargo, los *j[g]íbaros* del texto impreso de Alonso deben escribirse y mantenerse con ge, por tratarse de unos *gíbaros* que están inscritos en el texto de *El Gíbaro* de Caguas. La distinción entre los *jíbaros* ortográficos y estos *gíbaros* inscritos de Alonso es filológica, sutil y culta. Es, justamente, lo que quisiéramos que aprendieran a distinguir nuestros estudiantes con la ortografía en las escuelas.



mayúscula mayúscula MAYÚSCULA

LA NUEVA ORTOGRAFÍA (4.2.6.3) Y LAS MAYÚSCULAS GEOGRÁFICAS

EDUARDO FORASTIERI-BRASCHI

EN LA SORPRENDENTE y elegantísima prosa puertorriqueña del siglo XIX (Tapia, Brau, Fernández Juncos, José Pablo Morales y tantos otros) se fijaba la mayúscula inicial para los nombres comunes de extensión geográfica, como *Nación*, *Patria*, *País*, *Capital*, *Metrópoli*, *Colonia*, *Provincia*, *Isla*, y algunos otros de uso en España como *Ultramar* o *Península*. En efecto, era un resalte de fachada y de ornato nominal que figuraba en los títulos, en los cargos, y en algunos tratamientos como *Licenciado* o *Profesor*. La nueva *Ortografía* ha revisado todos estos usos de la mayúscula inicial bajo el encabezamiento de la sección 4.2.2 y de los incisos que la subscriben. Asimismo, todavía leemos en la prensa periódica puertorriqueña el relieve geográfico de *País* y, ocasionalmente, *Isla* o *Capital*, y, por eso, conviene que fundamentemos las razones de su empleo.

Ni en las normas ortográficas ni en la escritura de entonces se deslindaban los sutiles criterios gramaticales para el distinguo entre el nombre común y el nombre propio en el que se fundamentaría el grafema de la mayúscula inicial, y leemos, por ejemplo: “para el que escribe sobre las costumbres de la *Isla*”, como acotaba Manuel Alonso a propósito de los partidos políticos de entonces, o bien *Tapia*, cuando advertía que “esta costumbre casi iba desapareciendo también, por lo menos en la *Capital*”, cuando evocaba los aguinaldos. Son incontables los usos acompañados de los adjetivos determinativos (*este País*) o los que vienen acompañados de algún modificador, como el que atrapaba a *Tapia* en la siguiente encrucijada política: “[...]para estudiar las necesidades de *nuestro querido País* tan olvidado y tan poco conocido entonces en la *Metrópoli* [...]”.

Leemos en el inciso 4.2.4.6.3 de la nueva *Ortografía*: “Por otra parte, existen usos antonomásticos en los que el nombre común genérico, se emplea por sí solo, escrito en mayúscula inicial, en sustitución del nombre propio. En estos casos, la referencia de la antonomasia

debe ser compartida por los destinatarios del texto, y resultar, por ello, inequívoca...*la Península* [la península ibérica para los españoles]”.

Las becas e investigadoras de la Academia Puertorriqueña compartieron creativamente en su momento esta consulta con los redactores de la nueva *Ortografía* de la Academia Española: demostraron que algunas estadísticas significativas avalaban la escritura de *Isla* y *País* en mayúscula inicial por antonomasia para Puerto Rico, aun en casos en que venían acompañados de adjetivos determinativos.

La *Ortografía* se apoya en este inciso (4.2.4.6.3; también en 4.2.1.1.) en un fundamento semántico incólume, a saber: que la antonomasia se apoya, a su vez, en el principio semántico de la sustitución, a veces conocido como el principio de identidad de Leibniz: *Eadem sunt quorum unum potest sbstitui alteri salva veritate*, a saber: que dos expresiones son lo mismo si una puede ser substituida por la otra sin alterarse su verdad. Y si la *Capital* vale por San Juan en la isla de Puerto Rico, y si *País* o *Isla* sustituyen la única referencia de nuestra *Isla*, entonces salvamos al mismo tiempo la verdad de lo referido y (*salva veritate*) la de la ortografía puertorriqueña.

* asterISCO

Búscanos en Facebook



Academia Puertorriqueña
de la Lengua Española

La página de Facebook de la Academia Puertorriqueña ya cuenta con 3,000 amigos. Únete y recibirás datos sobre el español general y el español de Puerto Rico, consultas sobre usos particulares que estemos investigando y noticias sobre la institución.

Te gusta.



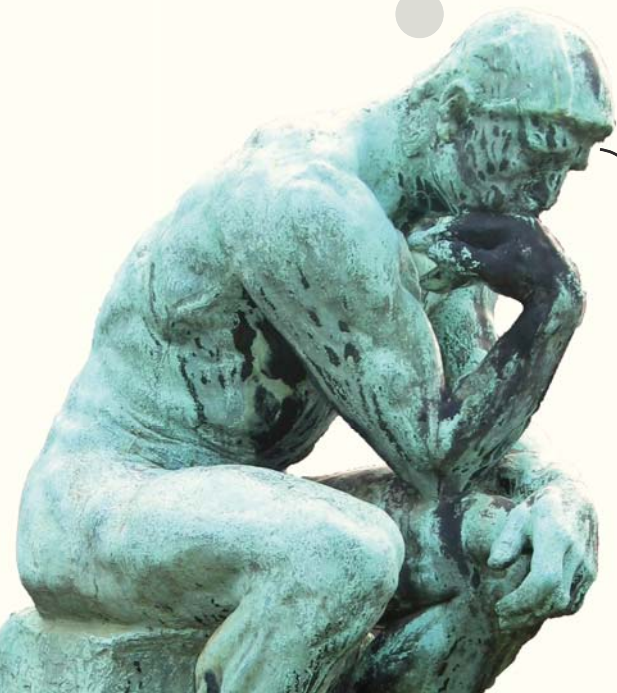


UN JUEGO DE PALABRAS

FRANCISCO JOSÉ RAMOS

ANTES QUE NOMBRAR las cosas las palabras nombran el pensamiento. Las cosas no son las palabras pero sin palabras no hay cosas que pensar. Lo que hay entre las palabras y las cosas es la gracia del pensamiento que las nombra. Bañados en palabras los pensamientos recorren el mundo de las cosas como las mariposas liban del néctar de las flores. ¿Una metáfora? Pero las metáforas son más que palabras. Las metáforas son la música del pensamiento. Efímeros y fugaces como las mariposas son todos los seres, los nombrados y los que nombran. Quizá por eso hay metáforas, para *reanudar* una y otra vez el *sentido* del vuelo de las mariposas y el néctar de las flores. El sentido de las metáforas desborda el significado de las palabras. Por eso antes que las palabras era el canto de los pájaros. ¿Era canto el canto antes de que canto se nombrara? ¿Cómo pensar lo que no tiene nombre? No es posible, se dirá. Y sin embargo, cuando se dice «lo que no tiene nombre» se está pensando lo que no se nombra. Incluso lo imposible de nombrar no es lo imposible de pensar. De tal manera que si bien las palabras nombran el pensamiento, concebir lo innombrable es también un modo de pensar lo que no se nombra. Así, se puede decir lo que se piensa aunque no se nombre lo que se dice. Y se puede nombrar lo que no se dice cuando hay una palabra que se piensa. Se puede hablar lo que no se piensa; y se puede pensar lo que no se habla. De la misma manera se puede callar lo que no se piensa aunque se nombre lo que se calla. Y se puede decir lo imposible de pensar pensando en lo que así se nombra.

Pero no es lo mismo callar que quedarse sin palabras para decir lo que se piensa. Callar es no hablar lo que se piensa. Quedarse sin palabras es no poder decir lo que se calla. Qué bonito es, por lo tanto, nombrar el pensamiento de una palabra. De una palabra que guarda el pensamiento de lo que se nombra. Una sola palabra que ni nombra ni calla. Una palabra sola que es el resguardo de todas las palabras en un solo pensamiento. Una palabra donde lo imposible de pensar es también la posibilidad infinita, el infinito potencial de lo que puede llegar a ser pensado. ¿Qué palabra es esa? Se preguntará. La que aquí se ha dicho aunque no se la nombre. La que ahora se nombra y dice para que se piense, hasta vaciarse de todo pensamiento: SILENCIO - *que están durmiendo, los nardos y las azucenas...*



? daTOcurioso

¡Que viva la polisemia!

Además de importante, o que pretende serlo, **envergadura** es también la 'distancia entre los extremos de las alas de un avión'; la 'distancia de los brazos humanos completamente extendidos en cruz'; el 'ancho de una vela contado en el grátil' (Mar.), y la 'distancia entre las puntas de las alas de las aves cuando aquellas están completamente abiertas'.

Talleres y seminarios en la Academia

La Academia Puertorriqueña de la Lengua Española se complace en invitar al público a su **cuarto Ciclo de Talleres y Seminarios**, que constará de tres cursos dictados por reconocidas figuras de la crítica literaria, la lingüística y la filosofía. Cada curso se reunirá durante cinco martes o sábados consecutivos en la sede de la Academia en el tercer piso del Cuartel Ballajá, en el Viejo San Juan, y tendrá un costo de \$130.00. Los participantes recibirán un certificado al terminar cada taller o seminario.

16 de agosto al
13 de septiembre
7:00 a 9:00 p.m.

**LA EXPERIENCIA MÍSTICA:
DE SAN JUAN DE LA CRUZ A ERNESTO CARDENAL**
por la Dra. Luce López Baralt



El cursillo explora el fenómeno místico, un estado alterado de conciencia en el que el ser humano experimenta la transformación en Dios. La experiencia mística no ha quedado relegada al monasterio medieval: siempre renovada y actual, esta unión con el Todo ha sido experimentada por personas de las más distintas épocas y persuaciones religiosas: San Pablo, Dante, Pascal, Rumi, Ibn 'Arabi, Lao Tzé, Thomas Merton, entre tantos otros. Estudiaremos a fondo no sólo a los místicos "canónicos" en lengua española como San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, sino a contemporáneos como Ernesto Cardenal y Borges, el inventor del *aleph*.

24 de septiembre al
22 de octubre
9:00 a 11:00 a.m.

LA NUEVA ORTOGRAFÍA DE LA LENGUA ESPAÑOLA (2010)
por la Dra. Amparo Morales



Póngase al día en materia de normas ortográficas. Conozca la historia y comprenda la razonabilidad de las normas que rigen la escritura de la lengua española. Este seminario presenta los cambios más significativos en la nueva Ortografía académica y el sistema estructurado de reglas que regulan de modo específico el uso de las palabras en el discurso. La Dra. Amparo Morales, Secretaria de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, formó parte de la Comisión Interacadémica responsable de la preparación y la redacción de la nueva *Ortografía de la lengua española* (2010).

25 de octubre al
22 de noviembre
7:00 a 9:00 p.m.

LOS CONCEPTOS FUNDAMENTALES DE LA FILOSOFÍA
por el Dr. Francisco José Ramos



Este seminario es una introducción a la filosofía no solo como un saber teórico sino también como una experiencia de vida y de pensamiento. No otra cosa significa el amor a la sabiduría. Teniendo como punto de partida la distinción entre palabras y conceptos, se pondrá en perspectiva el ingenio conceptual de la filosofía, la experiencia histórica que nutre la necesidad de su invención y las cuatro dimensiones de su actualidad y pertinencia: la ontológica, la ética, la política y la estética. El Dr. Francisco José Ramos es el filósofo puertorriqueño de mayor reconocimiento internacional.

Reserva tu espacio: (787) 721-6070
info@academiapr.org / talleres@academiapr.org / www.academiapr.org